

## VIII CENTENARIO DE LA CANONIZACION DE BERNARDO DE FONTAINES (1174-1974)

(San Bernardo, abad de Claraval)

POR

FELIO A. VILARRUBIAS.

Secretario de la Hermandad de Poblet.

«Con las letras apostólicas *Contigit Olim*, fechada en la XV calendas februario (18 de enero de 1174), «Alejandro III canonizaba a un hombre que con su vida, palabra y pluma supo, sin dejar de ser monje, llenar un siglo de nuestra historia». *Sch. Cart. I.*»

### I

#### El abad Bernardo de Claraval y la Orden del Císter.

Los siglos XI al XIII representan para el conocimiento de la historia de la Iglesia, del pensamiento y de las ciencias humanas, una tan varia y extraordinaria riqueza de matices humanos y presencia sobrenatural, que escapa de nuestra mente el poder concentrar en un ensayo toda la grandeza de su contenido.

Para esbozar en una síntesis esta empresa intelectual, debemos unir a la imagen de aquel tiempo la figura de San Bernardo y de la Orden del Císter, símbolos e índice bastantes para pulsar la tensión vitalista de la sociedad medieval. En ellos contemplaremos cómo las obras de Dios se realizan en silencio, preparando acontecimientos para nosotros misteriosos. En esta fuerza sobrenatural está lo admirable de Sus designios que, escapando a nuestra inteligencia

y nuestra mirada, van plasmando siglo a siglo su obra redentora sobre la humanidad.

Sobre estas obras de Dios se han vertido el odio y el furor de algunas gentes, hijas de una ciencia pragmática y posibilista que, en verdad, no alcanza a conocer la esencia, ya que no la existencia, de lo que tanto odio les inspira. La reflexión de este acontecer ha de acercarnos a la realidad filosófica subsistente, desde la Reforma protestante en el norte y centro de Europa, y la posterior inflación de la "Enciclopedia" por todo el Universo que ha entronizado el libre examen luterano y el jacobinismo sobre la historia de la cultura, como fórmulas "exoneradoras" de las "tinieblas religiosas y clericales", que impedían la "libertad y las luces" del progreso y de la civilización, *leiv motiv* para los "clubs de pensée" del siglo XVIII y las logias del XIX.

No hubiera sido posible este drama histórico si las fuerzas ortodoxas hubiesen contrarrestado a esta doctrina de la revolución con la difusión apasionada y martirial de la historia del monaquismo y de las órdenes monásticas sin el temor a ser calificados por la heterodoxia de escritores reaccionarios. Temor o complejo de las plumas intelectuales, que ha ocultado la grandeza humanística y riqueza cultural dada a Francia y a Europa por el legado milenario de las Órdenes monásticas y que hizo posible que la revolución francesa de 1792 y la europea de 1848 hallase inagotables patrimonios sobre los cuales erigir templos a las deidades Razón, Ciencia y Progreso como única trinidad rectora del pensamiento humano, sobre una pretendida aniquilación de la Iglesia y de Roma, entre los escombros de los templos incendiados y saqueados por la intelectualidad librepensadora.

La revolución nihilista aniquiló, con la farsa de la soberanía popular —manes de Montesquieu y de Rousseau—, la unión teológica de la Caridad y de la Justicia evangélica a cuya protección los hombres hallaban perdón, consuelo y esperanza.

La nueva trinidad, por sufragio universal triunfante, fue fría, despótica, deshumanizada y sarcástica; pero, no importaba, ¡por fin la humanidad se había "liberado" del infierno, y ello ya era bastante!

¡Las urnas electorales eran la nueva Síbila, el nuevo oráculo infalible de la humanidad encadenada en el idealismo hegeliano y por un creciente nominalismo perturbador de su mente! Hoy el hombre, tras los experimentos más recientes, marxismo, super-hombre, racismo, ateísmo, inicia el retorno de estos graves errores, escarmentado vivamente en su carne, pues así le avisan millones de seres desgraciados que desde la revolución francesa, como antes por las guerras religiosas protestantes, hasta nuestros días, no conocen el reposo y con su alma hecha trizas por las malas artes de los presentes "contestatarios": libertinaje, sufragio universal, laicismo, dictadura de Wall-Street, paraíso soviético, culto de la raza, "teología de la violencia", doctrina del "progresismo", evolucionismo, divorcio, drogas y sexo, control de natalidad, anarquismo, contestación, guerrillas y "la muerte de Dios".

Nuestros días viven su soledad entre dos actitudes ciertamente contradictorias sobre ecos bíblicos: "no he venido a traer la paz, sino la espada" (1). Dos actitudes frente a frente que se anteponen: 1.º el retorno a Dios sublimizado por el claustro monástico —la contemplación de Dios—, y 2.º el darse a un angustiado existencialismo, considerando que entregarse a Dios ha fracasado, porque "Dios ha muerto", ellos han pospuesto al Templo del Espíritu Santo por las cuevas de Malparnasse.

De estas dos actitudes sólo trataremos de la primera, porque nosotros anhelamos vivir en la trilogía teológica de la fe, esperanza y caridad; lo otro, lo de la angustia lo dejaremos para aquellos autores que prefieren matar a su angustia con el placer de lo sensual y el desorden intelectual, enfermedad mental —alcohol, sexo y drogas—, que les hace proclamar como ideas fundamentales toda clase de locuras, a las que como náufragos se agarran, sitiados en el océano de su propio fracaso humano, ahogados en la costa freudiana y marcusiana.

Nosotros nos quedamos con el sentir vital de nuestros siglos medievales y con aquel espíritu que diera contenido San Francisco de Asís, maestro insigne para sanar esta angustia a lo largo del siglo XIII.

(1) *San Mateo*, 10-34.

I

EL CÍSTER.

1.º) Citeaux; 2.º) Los tres santos fundadores; 3.º) San Bernardo, Abad de Claraval.

“Abandonando las costumbres particulares de ciertos monasterios salieron de Molesmes con su Abad —San Roberto— para abrazar vida más estrecha y retirada, tal como ordena la regla de San Benito que se habían propuesto observar. Y conformaron todo su tenor de vida, tanto relativo al culto como en las demás observancias a los mandatos de la Iglesia, cuyas huellas exactamente siguieron.”

*Exordium cisterciensis cenobii.*

1.º *Citeaux.*

Domingo de Ramos de 1098, en los bosques de Citeaux, en la ubérrima Borgoña, nació la nueva orden monástica junto a la quietud de pobladas arboledas y entre la paz de umbrosas soledades.

¡Cuán trágico error el que la historia no fuese cronometrada por el péndulo del espíritu, que sólo sean torres que se derrumban o fortalezas que se erigen, los hitos de esta interminable ruta de los siglos por la que se desliza nuestra vida y se forma la historia de los pueblos!

En la jornada del 21 de marzo de 1098 nació, en la Francia del siglo XI, el Císter; surgían a la vida del claustro los monjes de las cogullas blancas, los cistercienses.

Aquel siglo contempló cómo Francia fue sacudida por una profunda inquietud espiritual, una de cuyas vertientes se cifraba en el fervor de las vocaciones monásticas; todos sus valles y montañas conocieron la obra imperecedera de las abadías y monasterios y junto a la yunta de bueyes roturando las entrañas de inhóspitas tierras, fructificadas con la simiente de la oración y del ayuno; los monjes enseñaban a los pueblos a amar la tierra, asentarse en ellas para su cultivo, a vivir vida de familia y abandonar los hábitos nómadas y

bélicos del feudalismo que les empujaba ora al norte o al sur, en inacabables contiendas fratricidas.

Estas comunidades monacales vivían austeramente según la regla del Patriarca de occidente, San Benito de Nursia; a ellos se debe a su vez el rescate, de entre las malezas del terrorífico milenio, del legado cultural de la antigüedad, que obtiene a través de códices y pergaminos, la inmortalidad, y años más tarde la gracia del bautismo escolástico. Ellos fueron los gigantescos pilotos de la epopéyica empresa de salvar para la historia la herencia del pensamiento clásico —helénico y latino—.

Con la ejemplaridad de su vida comunitaria aseguraron el pan de los pueblos ante las contiendas feudales que arrastraban a siervos y a señores de sus lares y tierras, asolándolas y transformándolas en yermos calcinados por el odio bélico.

El fundador de este estilo de vida fue un joven romano, nacido en una pequeña localidad de la Umbría, llamada Nursia, hacia el año 480. Impulsado por amor a Dios, Benito abandonó Roma, en donde estudiaba leyes y se retiró al desierto de Subiaco en el que permaneció recogido y meditando treinta años, obrando grandes milagros que atrajeron a la santa cueva del Patriarca multitud de peregrinos, entre los que se cuentan príncipes, reyes, prelados y la juventud de su tiempo.

Fundó allí doce monasterios, transformando aquel escabroso paisaje en un lugar que la historia denomina "el valle santo"; en esta soledad tuvo por discípulos a los santos Mauro y Plácido. En el año 529, reinando Justiniano y ocupando la silla de Pedro el Papa Félix IV, fundó la abadía de Montecasino y en ella escribió, hacia el año 540, la Regla de su nombre para el gobierno de los monasterios, entregando su alma al Creador en la Capilla de San Juan Bautista —teniendo las manos elevadas hacia lo alto— el Jueves Santo del año 547, cuarenta días después de su hermana, la dulce Escolástica, unidos ambos por tiernos coloquios de alabanzas y consuelos divinos.

La magnitud de la vida de Benito, que el Papa San Gregorio el Magno escribiera años después de su muerte, da tal fuerza a la trayectoria benedictina que, en seguimiento de su rastro luminoso, las

tenebrosas edades de la historia se doran como vides otoñales al contacto del alba:

"Le génie de San Benoît législateur, éclate surtout en ce qu'il a su définitivement fondre toutes les règles antérieures dans sa Règle, de telle sorte qu'elle s'adapte à son temps et à tous les temps, à sa race et à toutes les races. Etablissant sa famille spirituelle sur la base même de la famille naturelle, dont le père est le chef, il a réalisé du même coup le type de la société idéale. C'est en raison de ce caractère si profondément humain de la Règle, que des chefs d'Etat ont pu se'n inspirer pour gouverner les peuples" (2).

Esta admirable página es un bello monumento erigido a la memoria de la obra de San Benito que G. de Kerlorian levanta sobre la mística y la extensa iconografía de todos los siglos al Santo Padre de los monjes de Occidente.

De la profundidad de sus propósitos, en orden a la vida de los monjes, dice el propio Santo en su Regla: "Vamos, pues, a establecer una Escuela del servicio divino en la cual no pensamos ordenar cosa alguna dura ni penosa ... de suerte que, no apartándonos jamás de sus enseñanzas y perseverando en el Monasterio fieles a sus doctrinas hasta la muerte, participemos de los sufrimientos de Cristo por la paciencia y merezcamos acompañarle en su reino" (3).

Este espíritu y suave yugo de la regla ha perdurado a través de los tiempos y ha desafiado el amargo peso de las invasiones y conmociones político-sociales, filosóficas y religiosas. De todas ellas ha vencido; aquí están, a los mil quinientos años de su muerte, los monjes de Benito desparramándose desde los doce monasterios del Subiaco, como tribus de Israel en pos de la patria prometida, acampando en las altas cumbres mártires del odio y de la guerra de Montecasino y Terracina en la hermana Hesperie; en las altas sierras de Montserrat, columnata pétreo que formaron los ángeles para trono de Santa María en las tierras orientales de España; cuya tierra his-

---

(2) Kerlorian, G. de: *L'art et les saints: Saint Benoît*, pág. 42, París, 1927.

(3) *Regla de San Benito*, prólogo.

para alimenta a las grandes abadías de Silos, Samos, Santa Cruz del Valle; en las celeberrimas abadías francesas de Saint-Germain des Prés y Cluny, que fueron gloria de la patria de San Luis o en el monasterio de Christchurch de Cantorbery, en el solar de los caballeros cruzados de Ricardó Corazón de León.

Quince siglos de historia, ¡cuántos imperios se han derrumbado, cuantas ideas y herejías han sucumbido y cuantos falsos profetas se han sumergido en el destierro del olvido y de la indiferencia!

En esta historia incorporamos también la amargura de las divisiones y las crisis de observancia, en años de excesiva opulencia. En el año 909, la abadía de Cluny, en Francia, cae en la indisciplina y sus consecuencias graves hacen necesarias una reforma que restaure la autenticidad cenobítica, no sólo en ella, sino en las restantes abadías benedictinas.

La Providencia no olvidó a la familia benedictina; en el silencio claustral preparó místicos caminos para encauzar el fervor monástico de los nuevos siglos enmarcados en el magno ambiente de las Cruzadas, que los reinos cristianos de Europa emprenden en defensa del Sepulcro de Cristo.

## 2.º *Los tres Santos fundadores.*

Figura cimera en la apasionante empresa de rescatar la pureza de la Regla de Benito y colmar las ansias de la vida de soledad en común, fue la del monje San Roberto, que empujado por este ideal de reforma y de retorno a la observancia de los primeros monasterios, abandona los bosques de Collán en Tonnerre, donde a la sazón residía, con siete eremitas dispuestos a contemplar aquella Vida que nunca se ha de acabar. En la víspera de la Navidad de 1075 fundó la abadía de Molesmes en el valle de Loogues. El nuevo cenobio atrajo la devoción del creciente movimiento de perfección monástica y en pocos años se vio colmado de vocaciones y enriquecido por el penitente apoyo de príncipes y nobles que veían en la naciente Comunidad un retorno a los tiempos de San Benito.

No fue aquella riqueza, en verdad, cilicio de mortificación sino camino por el cual el monasterio fue presa de los señores feudales

y de sus negocios temporales, transformando el espíritu de pobreza que el abad Roberto anhelaba imprimir a su cenobio (4). Ante esta nueva situación que repugnaba al recio temple ascético y místico de su Fundador —forjado con raíces y escarcha—, San Roberto en el año 1098 y autorizado por el legado del Papa en Francia, abandona Molesmes con cerca de veinte monjes para fundar un nuevo Monasterio en el desierto de Cîteaux, en donde vivir la jornada monástica en la rigidez del ideal benedictino que es “escuela de pobreza, obediencia y humildad”. Así nació Cîteaux, por obra del abad San Roberto y de sus hijos y en gracia del Espíritu Santo.

La perseverancia y la fe transformaron las asperezas del valle, y de las hendiduras de las rocas hicieron brotar agua clara de cuyo celestial don dice un monje de Claraval: “Don del Señor es esta agua que no pide otra recompensa que correr otra vez libre y espumante, más suave que antes, después de efectuar la labor ...” (5). Y con sus arados transformaron en jardines aquellas malezas y espinas, viendo el abad San Roberto crecer a sus monjes en saber y temor ante Dios y los hombres.

Tres valerosos ascetas forjaron el “Nuevo Monasterio”, que así se llamó Cîteaux; tres místicos capitanes del amor a María: San Roberto, primer abad de Molesmes y de Cîteaux, San Alberico y San Esteban Harding, tres santos reformadores, “tres monjes rebeldes” (6) de cuya impresionante savia el Císter se nutriría. A su aliento y sacrificio la gran reforma monástica que San Bernardo coronaría, ya estaba en marcha.

De la incipiente e ingente obra no estuvieron ausentes las dificultades; Roberto, por obediencia a la orden del Papa Urbano I retorna a ocupar la silla abacial del monasterio de Molesmes y allí —entre sus antiguos monjes— cierra sus ojos para dormitar el último sueño. Era en el año del Señor de 1110.

Al partir San Roberto hacia Molesmes ocupó su puesto el monje Alberico, continuador infatigable de su obra, alma arrobada y

(4) Vid., P. L. (M. L.), tomo 166, col. 501.

(5) *Crónica Medieval*.

(6) Raymond Dom, M. O. C. S. O.: *Tres monjes rebeldes*, Buenos Aires, 1949.



seráfica llena de santa paz, a quien, según la tradición cisterciense, la Virgen inspiró que el hábito de sus monjes fuese blanco, como distintivo de la Orden naciente.

A la muerte de San Alberico ocupó la silla abacial Esteban Harding, admirable monje inglés que ha sido llamado "cabeza creadora del Císter", figura venerable que en su corazón apuró amargas y ásperas jornadas para la naciente Orden. Horas de incertidumbre, de carencia de vocaciones y de recursos, en las que el abad vio la Comunidad diezmada por la peste; el Señor premió a su celo y a su paciente fe dándole a contemplar, en memorable jornada, como por entre las soledades del valle de Císter, avanzaba una aguerrida hueste de treinta caballeros, primicias escogidas de la nobleza de Borgoña.

Al frente de ellos el hidalgo borgoñón Bernardo de Fontaines, sin otra guía ni derrotero que la estela luminosa que María trazara en su alma. Ella le empuja a descansar en los atrios de su templo para transformarle en trovador del Reino de Dios.

Ello ocurría en el año 1112.

El espíritu renovador de Cîteaux con la nueva savia joven y asceta de la sangre borgoñona se desborda y nacen a su amparo: La Ferté, en 18 de mayo de 1113; Pontigny, en 25 de junio de 1114 y Clairvaux y Morimond en junio de 1115.

El anhelo institucional de los tres fundadores se cumplió al ser aprobada, en 1119, la "Carta de Caridad" por el Capítulo General de la Orden, formado éste por los abades de todos los cenobios —re-  
toños de la Casa Madre de Cîteaux—. Con dicho documento quedaba organizada definitivamente la vida regular de la naciente Orden.

La soledad, austeridad y unión íntima con Dios, anhelos del monje cisterciense, quedaron defendidos en las "*Consuetudines Cistercienses*", colección de tradiciones cistercienses compiladas en el siglo XII, compuestas de cinco partes: 1.ª *El Exordium Cisterciense Cenobii*; 2.ª *La Carta de Caridad*; 3.ª *La Bula del Pontífice Calixto II*, de fecha 23 de diciembre de 1119, en que se aprueba la Carta de Caridad; 4.ª Las normas por que debe regirse el *Capítulo General del Císter* y la 5.ª *Oficios Litúrgicos*. Años más tarde se redactaron los *Statuta cistercienses* en los memoriales de las definiciones.

El primer memorial de definiciones es del año 1256, el segundo de 1316, referente a las definiciones antiguas y el tercero, año 1350, de las nuevas."

He mencionado a Francia y en este solar admirable hemos contemplado un hecho casi milenario, la fundación de la borgoñona Orden del Císter y la construcción del "Nuevo monasterio" de Cîteaux para cenobio de la gran reforma que el santo abad de Molesmes, Roberto, había iniciado con el anhelo de "abrazar vida más estrecha y retirada, tal como ordena la regla de San Benito que se habían propuesto observar". Y "conformaron todo su tenor de vida, tanto en lo relativo al culto como en las demás observancias, a los mandatos de la regla cuyas huellas exactamente siguieron" (7).

Este hecho unido a la figura del monje San Bernardo, primer abad de Claraval, quedaría incompleto si no penetrásemos en la vida y en la obra del último "padre de la Iglesia", y lo que es más importante, de su espíritu vivificador que sanaba los males que azotaban a la Iglesia de su tiempo, tal como lo demostró con filial amor, en el tratado "De consideratione" escrito para el Papa Eugenio III entre los años 1147 y 1153. Y hay que contemplar el profundo sentido de austeridad y misticismo que infunde en los monasterios de su tiempo, como lo atestiguan sus cartas dirigidas a los monjes de Cluny; la apología de Guillermo, abad de San Teodorico; la famosa carta a su primo Roberto, etc., a la vez que nos legaba la herencia de su trascendencia mística en sus *Comentarios del Cantar de los Cantares* y en sus Sermones dedicados a María.

San Bernardo fue para aquella ruda sociedad medieval, aunque de grande fe, la voz augusta disipadora de tinieblas. Bien podía enseñar a sus monjes que, "ni el espíritu y la carne, el fervor y la tibieza suele provocar a vómito el mismo Señor". Esta concepción mística para unos monjes entregados a la obra de Dios, abrazados a la vida ruda y llena de asperezas de los nuevos Monasterios, como los valles que ellos trocaban en fertilidades, era la voz que rememoraba las heroicas jornadas de San Benito en el desierto de Subiaco.

Difícil empresa resultaba el seguimiento del grito bernardino,

---

(7) *Exordio Parvo*.

porque chocaba contra el propio yo de tan difícil negación, superior a la lucha contra las herejías que en su tiempo flagelaban el cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia.

3.º *San Bernardo, abad de Claraval.*

“¡Oh!, cualquiera que seas, el que la impetuosa corriente de este siglo te miras, más antes fluctuar entre borrascas y tempestades que andar por la tierra, no apartes los ojos del resplandor de esta Estrella si quieres no ser oprimido de las borrascas. Si se levantan los vientos de las tentaciones, si tropezares en los escollos de las tribulaciones, mira a la Estrella, llama a María.

San Bernardo: *Homilias sobre las excelencias de la Virgen Madre. Homilía segunda.*

En el año 1090 nacía, en el borgoñón castillo de Fontaines, Bernardo, hijo de Tescelín, oficial del duque de Borgoña y de Aleta, descendiente de aquella casa ducal. Educado en la piedad cristiana por su santa madre, a los veintidós años parte, con un grupo de caballeros, hacia el monasterio de Cîteaux, cuya silla abacial ocupaba San Esteban Harding.

A los veinticuatro años, en 1114, vistió el blanco hábito del Cister. Ejemplo de vida ascética y monástica fue llamado a fundar la abadía de Claraval, en medio de las tierras inhóspitas que divide el río Aube en el “Valle del Ajenjo”. Su perfil llenó todo el claustro claravallense y atrajo a él tan elevado número de vocaciones, que basta señalar que al morir el Santo contaba Claraval con 160 abadías filiales. Fueron de ellas, las tres primeras: Trois Fontaines, Fontenay y Joigny.

Mezcló a su profundidad ascética una noble vocación a la universal Cruzada contra toda clase de errores y herejías y una lealtad entrañable y responsable a la Silla de Pedro.

Todas estas empresas las acometió Bernardo sacrificando “el amor a la soledad y al silencio, tan caros al abad de Claraval, su espíritu

de oración y contemplación" (8) y animado con aquel pensamiento que él mismo diera a sus monjes: "cese la voluntad propia y desaparecerá el infierno" (9).

El abad de Claraval vivió trascendentales reformas de costumbres y aun de las propias Ordenes monásticas, preparando en signos no conocibles para los propios actores, el estallido intelectual del gran siglo XIII.

Contemporáneos suyos —y concedores mutuos de sus reformas— fueron San Bruno, fundador de los Cartujos y San Norberto, de los Premostratenses. De la exuberante misión que la Providencia le deparó son ejemplos su intervención en el cisma de Anacleto II atrayendo, con su encendido verbo, a Europa a la causa del Papa Inocencio II, uniéndola a favor de la Silla apostólica, ante la rebelión de Roger de Sicilia.

Y en el grave conflicto de guelfos y gibelinos sobre las tierras de Italia, germen de fratricidas contiendas entre el papado y la casa imperial suava de los Hohenstaufen, el monje borgoñón aparece como árbitro de excepción, contribuyendo activamente a que Francia, bajo el reinado de Luis VI *el Gordo* y Luis VII *el Joven*, estrechase vínculos filiales con la Santa Sede y diese asilo en sus tierras al legítimo Pontífice.

San Bernardo, "martillo de los herejes y errores de su tiempo", combatió en innumerables tratados los errores de Abelardo, logrando que el Concilio de Sens, en 1140, condenase sus obras y, finalmente, su figura adquiere caracteres épicos en la predicación de la Segunda Cruzada, de la que Bernardo de Claraval fue corazón y cerebro; su voz clamó cual Jeremías desde la Dieta de Francfort a las cortes cristianas de Europa; a su conjuro las cotas de sus príncipes se cubrieron con las cogullas de Cruzados y desde Alemania, con Conrado III y Francia, con Luis VII, hasta las tierras del rey Alfonso, a quien el Papa Eugenio III llamaba "rey de las Españas", se puso el ejército de Cristo en marcha.

---

(8) Pons, Jaime, S. J.: *Vida de San Bernardo*, tomo I, pág. XL, editor R. Casulleras, Barcelona, 1942.

(9) Bernardo de Claraval: *O. C. T.*, IV, pág. 393 (edic. anterior).

Verdaderamente la vida del santo abad es la estampa ideal del monje, es el ideal del amor a Cristo crucificado, cuyo amor lo vivió el Santo con la dulzura de la Esposa de "El Cantar de los Cantares", unido al amor a la Virgen María de cuya pureza "era la noble Estrella nacida de Jacob", "cuyo esplendor brilla en las alturas y penetra los abismos".

Finalmente Dios acogió sus súplicas: "el amor a Jesús me urge a que emprenda la marcha hacia El cuanto antes" (10) y con su salud completamente agotada, el día 20 de agosto del año 1153, Jesús y María le llamaron para sí.

En su sepulcro los monjes escribieron, transcribiéndolo del Libro Santo que Bernardo tanto había amado: "manojito de mirra es para mí el Amado mío, entre mis pechos reposará".

Admirable fue la figura del primer abad de Claraval, a la que el gran pensador de Ausona, Jaime Balmes, califica con el profundo sentido crítico que adorna su pensamiento de "hombre extraordinario que se halla en todos los lugares, se le oye por todas partes; exento de ambición, tiene sin embargo la principal influencia en los grandes negocios de Europa; amante de la soledad y del retiro se ve forzado a cada instante a salir de la obscuridad del claustro para asistir a los consejos de los príncipes y de los Papas" (11).

Esta es la gran figura del Patriarca de los monjes blancos, consagrado íntegramente a Jesús a cuyo servicio y culto unió con ternura el nombre de María, Madre, y el del Patriarca de Occidente, San Benito, cuyo amor tanto recomendara a sus monjes: "Su dulcísimo nombre debe ser oído y honrado de vosotros con todo júbilo, pues él es nuestro Capitán, nuestro Maestro, nuestro Legislador. Yo también me deleito en su memoria: aunque no sin rubor me atrevo a pronunciar el nombre de este Padre" (12).

(10) Vid. P. L. (M. L.): *San Bernardi. Vita Prima*, libro V, col. 358 y siguientes.

(11) Balmes Jaime: *El Protestantismo*, cap. LXXII.

(12) Bernardo de Claraval, O. C., t. II, págs. 28 y 55.

II

EXPANSIÓN DE LA ORDEN DEL CÍSTER.

La obra de San Bernardo no acabó con su muerte; después de ella, continuó siendo guía excepcional para las promociones cistercienses que le sucedieron en Claraval.

La penetración del Císter en todos los estados de Europa fue arrolladora; a través de Castilla mandó San Bernardo a su hermano menor San Nivardo para hacer la primera fundación hispana en el lugar conocido hoy por Santa María de Moreruela; y esta expansión siguió esplendente y se engrandeció en número y en santidad; entre todas ellas hermanadas en la observancia monástica, descuella en el reino de la Corona de Aragón el cenobio de Santa María de Poblet, abadía grande en fama, extendiendo su bienhechora influencia en los cuatro reinos de la Confederación y contando entre sus monjes a su propio monarca, Don Jaime I *el Conquistador*.

El Císter, como toda institución, tiene sus propios fines fundacionales y la Providencia se sirve de ellos en las épocas que los requieren: orden perfecto de disposición en orden al Creador; cumplimiento, en entrega confiada de voluntades por parte del hombre a esta Trina disposición. En esta armonía está el Providencialismo de San Agustín.

Por esta razón el Císter tiene sus días de gloria asentados sobre nombres rudos, en contraste con su vida interior llena de paz y de ascetismo, cuales son: la segunda Cruzada, los Caballeros Templarios y las Ordenes militares; mas este espíritu cisterciense no fue bélico para lo bélico, sino para que la espada fuese revestida de sentido espiritual en el centro de aquella ruda sociedad medieval, más imperfecta que lo deseado, pero más perfecta que lo difamado; porque entre sus castillos y sus guerreros, la peste y sus brujerías, había una fe, una extraordinaria fe que sólo ella puede explicar las grandes empresas de las Cruzadas contra albigenses y normandos, magiares y árabes y el gran milagro de los milagros, que son las catedrales y las

abadías y su aportación a la cultura y a la liberación del espíritu, en su ansia de Dios.

Así, pues, este hábito que cubrió tanta armadura feudal, no fue atuendo belicoso, sino bálsamo de caridad para unos siglos que, movidos por la oración y el ayuno calladamente ofrecidos en los claustros, supieron dar una realidad inconmensurable: la unidad de los reinos de Europa en torno a una misma fe y a una Cátedra, la de Pedro, y sabían doblar estos reinos su pensamiento ante la figura augusta del Papa, Padre común de la Cristiandad y aceptar humildemente la "tregua de Dios" y el asilo en lugar sagrado, desde el toque de ánimas a mañitines ...

El conocimiento de esta espiritualidad cisterciense que inflamó a los primeros cenobitas del bosque de Cîteaux, nos acercará al ardor que impulsó en el siglo XIII a otro gran fundador universal, al hijo de un mercader de Asís, esto es, a buscar estos anhelos de perfección con la renuncia de sí mismo, para por sí mismo perfeccionarse como el Divino Maestro nos enseñó: "Sed perfectos como lo es mi Padre" (13).

Es la empresa de la renuncia y de la negación del propio cuerpo. Cuenta Tomás de Celano en el libro II de la vida de San Francisco, párrafo 82, que estando San Francisco en oración, el maligno le llamó tres veces por su propio nombre. Respondió el Santo: "¿qué quieres?", y el demonio le tentó una y otra vez con gravísima tentación de lujuria. Mas el bienaventurado Padre apenas se apercibe de ello, desnúdase del vestido y empieza a disciplinarse sin piedad, repitiendo: "Ea, hermano asno, de esta suerte te conviene ser tratado y permanecer subordinado a los azotes. El hábito es propio de la religión y no es lícito tomar lo que no nos pertenece; si quieres marcharte, márchate" (14).

De este pasaje de la vida de Francisco hay que penetrar bien en la respuesta del Santo: "no es lícito tomar lo que no nos pertenece; si quieres marcharte, márchate". O sea, en la primicia de la total entrega al anhelo de perfección entre el alma y Dios, hay que

---

(13) *Mt.*, 5, 48.

(14) Celano, Tomás de: *Vida de San Francisco*, libro II, párrafo 82.

evadirse del cuerpo y considerar a éste como sólo una áncora pesada que nos sujeta al mundo, y ya libres de toda humana esclavitud, el alma podrá volar y ascender hacia el Amado del Cantar, el Esposo de los místicos.

Por este mismo camino el hijo del noble Tescelin de Fontaines, el abad Bernardo de Claraval, también halló la pesadez de este "hermano asno" que es el cuerpo. En el sermón IV de la Ascensión del Señor, escribe: "¿qué harás, repito, con las irracionales concupiscencias que están en tus miembros?". Te estimula, cuando has terminado de ayunar, el deleite de la gula; y cuando has determinado velar te carga la somnolencia ¿qué haremos a este asno?, porque esto es de asnos y cosa común con ellos, pues el hombre se ha igualado con los jumentos irracionales y se ha hecho como uno de ellos. Subid, Señor, sobre este asno, conculcad estos movimientos bestiales porque deben ser dominados para que no consigan dominar. Si no fueren pisados nos conculcarán: si no fueren deprimidos nos oprimirán. Por tanto, sigue alma mía en esta ascensión a Cristo Señor Nuestro para que tu apetito esté debajo de ti y tu le domines a él; para que asciendas al Cielo es necesario primero levantarte sobre ti, pisando los deseos asnales que en ti mismo militan contra ti mismo" (15).

Dos actitudes medievales que alumbran un cuadro maravilloso de espiritualidad y de auténtica libertad: ¡qué lejos de la prosa marxista de los pseudo-teólogos de la guerrilla "contestaria" de las décadas de 1960 y 1970!

De toda la compleja, admirable siempre, obra de San Bernardo, he hallado un corto sermón que el Santo tituló "de los tres panes" —es propio del tiempo de las rogaciones—; en su brevedad está condensada admirablemente la intimidad del monje cisterciense vivida en la soledad de su cenobio, contemplando a Dios. En él glosa las palabras que transcribe en el Evangelio el Divino Maestro: "¿quién de vosotros a media noche, le llama el amigo solicitando tres panes y abriendo la ventana al nocturno visitante no le complace en su demanda?" (16).

(15) Bernardo de Claraval, O. C., tomo I.

(16) Bernardo de Claraval, O. C., tomo I, manuscrito 408-409.



El cisterciense vive en una continua medianoche; el amigo no cesa de llamar a nuestras puertas, "pero ¿porqué nos pides tres panes?, ¿no le basta uno solo?, no, porque lleva compañía" (17).

"Vino lleno de hambre, consumido en la necesidad, extenuado del ayuno, vino necesitado de hallar un amigo, pero ¡ay de mí, que escogió un huésped pobre y entró en una casa vacía" (18).

Bernardo aquí nos dibuja claramente el alma que acude al claustro; "vino de la región distantísima en donde acostumbraba a apartarse con los animales inmundos y anhelaba insaciablemente los despreciables residuos de su comida y el alma que se acerca a casa del amigo a pedir tres panes no son para sí solo, sino para nutrir sus potencias que arrancadas de entre los animales inmundos tienen hambre" (19) y así los tres panes por que suspira son al decir del Santo abad de Claraval:

— La Verdad, la Caridad y la Fortaleza.

Este pan, dirá en otro hermoso sermón, está amasado con lágrimas y de él comen los cistercienses para alimentar la vida de su espíritu: "secóse mi corazón y aun el cuerpo también porque me olvidé de comer mi pan" (20).

¡Qué hermoso pensamiento, el alma suplicando del Amigo, la Verdad, la Caridad y la Fortaleza! y ¿qué son estos tesoros sino el caudal arrollador del río que sacia la sed de los monjes, la Verdad que llena el entendimiento, la Caridad que inflama nuestra memoria y la Fortaleza que imprime al Cuerpo la voluntad de las obras de Virtud?

Esta trascendencia que inspira la obra bernardina cerrará este ensayo, aconsejando que nuestra alma pida al Amigo Cristo tres panes: "para que entienda, para que ame y para que haga vuestra Voluntad" (21).

Este es el clamor que, día a día, los cistercienses, abandonando el lecho a medianoche, salmodian con el Rey-Profeta David, en horas

(17) Bernardo de Claraval, O. C., tomo 1, manuscrito 408-409.

(18) Bernardo de Claraval, O. C., tomo 1, manuscrito 408-409.

(19) Bernardo de Claraval, O. C., tomo 1, manuscrito 408-409.

(20) Bernardo de Claraval, O. C., tomo 1, manuscrito 408-409.

(21) Bernardo de Claraval, O. C., tomo 1, manuscrito 408-409.

llenas de estrellas y de paz, durante las cuales las Comunidades acuden al templo en busca de Dios, por entre los claustros y cipreses, para alabarle en sus ángeles y en sus santos.

Acompañados por los tañidos de maitines y laudes los monjes claman en sus templos: "¡Señor, bueno es estar aquí!" (22) porque para ellos el Señor se ha transfigurado de nuevo, en gracia de aquella sentencia del monje Bernardo cuando decía en el sermón de la Ascensión: "Y podrán los cuerpos espirituales lo que justamente no pueden ahora los espíritus", y es con los ojos de este cuerpo espiritual con los que los cistercienses ven transfigurado al Señor y son sus labios, los de este cuerpo transfigurado, los que claman: —"¡Señor, bueno es estar aquí!"— (22).

Que esta meditación de la vida monástica, vivida en los claustros cistercienses, sea un aldabonazo a la conciencia de nuestro tiempo para que la conmemoración del VIII Centenario de la Canonización de San Bernardo que este año celebra la Iglesia, sea fuente de santa reacción contra el "progresismo" que aflige el rostro de nuestra Madre la Iglesia y dé fortaleza evangelizadora ante el mundo atomizado por el humo de Satán, celo misionero al que nos exhorta el Papa, Vicario de Cristo en la tierra, para rescatar y liberar por los méritos de Cristo al hombre de la espantosa esclavitud del pecado y de la confusión.

---

(22) *Mt.*, 17.4.